

Benito un chico favorecido

manolete

BENITO UN CHICO
FAVORECIDO

Manolete



Capítulo 1

Benito un chico favorecido

Manolete

Q

Era de noche, estaban plácidamente dormidos. Repentinamente los perros comenzaron a ladrar, seguido por detonaciones que irrumpieron la tranquilidad de la madrugada. Ambos despertaron, Darío se puso los pantalones y las botas, agarró la escopeta, revisó que estuviera cargada y salió. Leonor permaneció adentro. Apagó las luces, cerró las ventanas y las puertas con seguro. Escuchó otras descargas que retumbaron en la habitación, acompañadas de gritos, voces irreconocibles, el pánico le impidió comprenderlas. Minutos más tarde, tocaron en la puerta principal.

-¡Abra vieja méndiga!, -un hombre grita con tono demandante- pa' que cure a su marido, eso le pasa por ponerse bravucón con nosotros.

-Abre Leonor. -Sangrando profusamente por dos heridas de bala, suplica Darío.

Al reconocer la voz, quita los seguros de la puerta. Ve en el suelo a su esposo, con la ropa manchada. Detrás del cuerpo tendido, están tres hombres armados apuntándole a ella. No puede avanzar ni hablar. Su rostro está pálido y el cuerpo temblando, sólo atina a alzar las manos para que no le disparen.

-Ande, venga por él y llévelo p' adentro. -Leonor no distingue quién le habla; ve sólo siluetas, rostros borrosos--. No intente pedir ayuda, vinimos únicamente por el ganado.

La visibilidad no es buena. En el cielo, la luna es nueva, a las estrellas las cubre una nubosidad extensa. La angustia llegó a los animales, están nerviosos. En el camino no se distingue la polvareda que viene levantando los camiones, solamente es percibido el sonido de los motores y el escándalo del rebaño.

-Te voy a curar esas heridas. -Acuclillada le dice a Darío, tomándolo por un costado y un hombre por el otro. Lo levantan. Él mueve la cabeza afirmando. Los otros dos rufianes continúan con sus rifles apuntándoles.

Adentro con cuidado, lo acuestan sobre la mesa. Leonor va al cuarto por el botiquín, la acompaña un sujeto. Regresa y empieza a detenerle la hemorragia y desinfectar. De afuera, se escuchan los ruidos provenientes

del ajetreo de los animales y de los vehículos.

W

La historia empezó cuando Darío se casó con Leonor. Ambos estudiaron hasta bachillerato. Ahí se conocieron. Fue tanto su amor que se casaron un mes después de graduarse de la preparatoria, los dos tenían dieciocho años cuando decidieron abandonar sus estudios. No hubo luna de miel. Recibieron poca ayuda de sus familias, las que nunca aprobaron la unión, debido a que los jóvenes truncaron sus carreras.

Teniendo las necesidades de sustento y alquiler, emprendieron la búsqueda de empleo, con la falta de experiencia, estudios mínimos y poco dinero en sus bolsillos, después de tres semanas de constantes negativas, tuvieron que aceptar la única opción que se les presentó; limpiando pasillos, baños y oficinas de una tienda de autoservicio, localizada en los límites de la ciudad, de diez de la noche a seis de la mañana, sin día de descanso.

E

Años y años de desesperanza, trabajo duro y poco remunerado, era el entorno que vivía la región y todo el país. Constantes asaltos, crímenes sin castigo, autoridades corruptas, éstas habían sido ya, rebasadas.

Con pocos conocimientos y escasa experiencia, únicamente de intendencia, aparte, de lo difícil que habían sido esos meses por los constantes rumores de una rebelión, siguieron empeñados en buscar otro empleo, al toparse con una oportunidad que les ofreció el tío Rolando, no titubearon en aceptarla.

Fueron a vivir a una granja, propiedad del pariente. Darío comenzó como velador, mientras asimilaba las labores de un granjero; el familiar se encargó de enseñarles. Un par de semanas, fue la condición para adaptarse y aprender todas las tareas.

La jornada empezaba a las cinco de la mañana para darles de comer a los animales y terminaba a las diez de la noche, con un rondín por los sembradíos, Darío acompañado por los cuatro perros de raza pastor alemán, sin día de descanso ni vacaciones.

R

-Mi amor, ¿está el almuerzo listo? –entra Darío a la casa de un piso, con cinco habitaciones amplísimas, ordenada y limpia.

-Sí, siéntate mi cielo, ya salgo.

Ella sale del cuarto, fresca y juvenil, con dirección a la cocina, toma el plato y lo llena con huevos a la mexicana y frijoles; le sirve a Darío. Se da la vuelta para ir por su ración. Las tazas con el café están sobre la mesa, aromatizando el hogar, como cada mañana.

-Querida, hoy vienen a fumigar el sembradío, no te vayas a acercar.

-No, además voy a amarrar a los perros cuando les de comer para que no molesten a los fumigadores. Por cierto, vi ayer que nacieron unos borreguitos. -Comenta, sentándose al mismo tiempo.

-Sí, son ocho. ¿Viste al corderito blanco?, parece salido de una película de Walt Disney.

-Ojalá y no lo vendan. Por si acaso, le tomaré esta tarde unas fotos. - De fondo, el sonido silencioso del campo, invoca pensamientos y deseos--. Ya cumplimos seis meses aquí.

-Se ha ido rápido ¿verdad, amor?, -afirma Leonor.

-Lástima que nuestra situación económica aún no mejora, --comenta Darío con un tono de voz angustiado-- pero al menos tenemos un ingreso.

-Sí, pero estás aprendiendo las labores de este oficio, -Leonor le anima-- para un futuro mejor. Por cierto amor, le encargué a mi mamá que empezará a buscar en el periódico, sobre algún rancho que esté en renta y así independizarnos.

-Es muy pronto. Necesito más conocimientos y ahorrar dinero suficiente para pagar los primeros meses de la renta.

-Tu tío puede ayudarnos. No creo que sea gacho.

-Ya te dije, hasta que cumplamos dos años aquí. Mi tío nos necesita, tenemos poco y ya ves, despidió al velador para darnos un lugar. También están instalando el riego por goteo y van a empezar a plantar el esparrago. Debo conocer bien el proceso de esa planta, además de cómo tratar con los compradores, para conocerlos y no batallar en buscar quien la reciba y aparte, que nos den un buen precio sin tener problemas de cobranza.

-Tienes razón. La vida del campo es complicada.

-Eso sí, le voy a decir con bastante tiempo de anticipación, para que busque a alguien que nos remplace y entonces, si le pido su apoyo. Hay

que analizar bien el rancho para que nos convenga. Amor ya me voy a checar a la gente. Estuvo delicioso. Gracias.

-¿No se te olvida algo? –Darío se acerca y le da un beso--. En la tarde no se te olvide encargar el alimento para los perros. Les queda para hoy y mañana.

-Está bien.

Al escuchar el sonido aislador de la puerta, Leonor camina hacia la ventana y fija su vista alcanzando el punto más alto de la sierra, distante y azulada.

T

Cuando la revuelta llevaba siete meses de haber irrumpido y Darío y Leonor tres años de unión, nació su hijo, lo bautizaron con el nombre de Benito. A la llegada del nuevo miembro en la familia, la posibilidad de un mejor futuro se evaporó, debido a las constantes noticias de los asaltos y asesinatos en las cercanías del rancho. Al estallar el levantamiento, la crisis se agudizó. Comenzó la dificultad para vender a buen precio las cosechas y el ganado, aunado a que los compradores acaparaban el producto para multiplicar hasta diez veces el valor de compra sin beneficiar a los agricultores y éstos todavía regateaban el precio de adquisición, aquellos aprovechando la inestabilidad del país.

La decisión de desprenderse del niño no fue fácil, al año de nacido Benito, por las dificultades sociales y económicas que había en la zona, optaron por dejarlo en manos de los religiosos del monasterio. Partieron cuando aún el sol no asomaba. El claustro estaba situado en la sierra, profunda y señorial. Para evitar ser asaltados caminaron por lugares poco transitados, al llegar a la zona montañosa ascendieron por las partes más densas, difíciles de andar. Sólo pararon al medio día para comer. El trayecto les llevo todo el día, llegaron cuando el sol ya estaba descansando.

La construcción estaba resguardada por una barda alta, de piedra y bien sellada, sin ventanas, el único acceso era por la puerta que la vereda conducía a ella. Tocaron en el portón rústico de madera con hierro forjado, la aldaba era ruidosa, afligida y fría. Después de una espera, eterna, alguien de adentro se acercó a la entrada.

-¿Quién es?

-Somos Leonor y Darío Valtierra.

-Regresen mañana, a estas horas no atendemos.

-Es una emergencia, padre. Hemos caminado todo el día, necesitamos hablar con alguien.

El tono de voz de Darío era de desesperanza, algo le decía al hermano Baltasar que debía abrirles, escuchaba el grito desgarrador del silencio de Leonor. Liberó la traba y recorrió los cerrojos. La luz de una vela se abría paso conforme la puerta se deslizaba, lentamente.

-Adelante, buenas noches. Soy el hermano Baltasar.

-Gracias, discúlpenos por venir de improviso.

-Ella es mi esposa Leonor, el niño se llama Benito y yo soy Darío.

-Mucho gusto. Que niño tan encantador. Vamos al recibidor, ahí platicamos. Síganme por favor. ¿Cenaron?

-No gracias, tenemos prisa debemos regresar.

-Antes coman algo para que aguanten el regreso.

Le explicaron al hermano Baltasar la razón por la cual habían llegado a esa solución. Ahí era la única oportunidad de su hijo sobreviviera y se eduque para que sea un hombre de bien. Quizá ellos nunca vuelvan a saber del niño. El futuro es muy incierto y nada prometedor. Después de varias preguntas del religioso. Al verles la expresión de fatiga y tristeza, éste aceptó la responsabilidad, en su interior no había duda.

-Lo verán cuando termine la agitación o cuando el niño cumpla trece años, lo que ocurra primero. -Los papás afirman con la cabeza a las condiciones, sus rostros están desalineados por la tranquilidad mezclada con la aflicción--. En ese momento él decidirá, si sigue con nosotros o se va con ustedes. -Leonor apretuja al niño contra su cuerpo, cada segundo con más tensión, en oposición a la inevitable despedida--. Bajo ninguna circunstancia ustedes vendrán ni sabrán nada de él. Solo que haya alguna eventualidad. ¿Queda claro?

-Sí, le agradecemos mi esposo y yo, por aceptar a mi hijo. -Dice con la voz doblada--. Es un gran dolor el desprendernos de él, pero no tenemos otra alternativa.

-Quédense esta noche con el niño, si cambian de parecer pueden marcharse temprano y llevárselo.

Les asigna el hermano Baltasar, una habitación para pasar la última noche juntos. Darío y Leonor no consiguen dormir. La angustia y desesperanza, inundan sus pensamientos, además del llanto callado del alma, fueron las causas del desvelo, estas emociones están entrelazadas con el

sentimiento de tranquilidad que el convento les provoca.

En la madrugada, tres toques en la puerta los puso de pie, el momento de partir había llegado, el niño aún dormía. Abrió Darío, entraron los clérigos Baltasar y Heriberto.

-¿Qué decidieron?

-Nos mantenemos en lo acordado. Vámonos Leonor, cuanto antes mejor.

-Les preparamos algo de comida para el camino y que Dios los bendiga.

-Padre gracias por aceptarlo. -Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Leonor--. Nos vamos con un enorme gozo pero en el alma crecen surcos profundos y secos. Es una decisión muy dolorosa.

Dichas estas palabras, ambos partieron enviándole bendiciones al niño sin despertarlo.

-El hermano Heriberto los acompañará a la salida.

-Gracias y hasta luego.

Al traspasar el portón, Leonor suelta el llanto reprimido, Darío tiernamente la abraza. Cabizbajos caminan por la vereda, tenuemente iluminada por la luna creciente, sin mediar palabra y evitando voltear al convento y hacia ese camino, alargado, triste e ingrato, cargado de una vegetación sofocante, ellos van con los pensamientos desordenados y sus sentimientos avasallados.

Y

Benito, desde muy temprana edad se habitúa a la vida monástica. Diariamente la rutina empieza a las cuatro de la mañana, el niño ayuda en la misa de las cuatro treinta, al terminar va a desayunar, después a clases, al medio día se les asigna treinta minutos para el aseo personal, regresan a orar antes de comer, después de los alimentos de la tarde, se realiza una tercera celebración litúrgica, al terminar esta, les dan dos horas para su uso personal, sigue una cuarta ceremonia previa a la cena y antes de ir a descansar, se oficia la última misa para terminar el día. Esto de lunes a sábado, así es la vida en el monasterio y la del infante. Durante su niñez, nunca le fue mencionado el episodio de la adopción, Benito nunca preguntó. Para él, las únicas personas que conocía y existían en su vida eran los frailes Benedictinos y los libros de primaria además de la biblia.

U

Benito terminó el examen del programa implementado especialmente para el infante, el fraile lo dejó salir, mientras calificaba la prueba de latín. El reloj del campanario marcaba cinco minutos para las once horas. La mañana era soleada, sin nubes en el cielo, una leve brisa descendía y refrescaba el ambiente. Estaba el niño sentado sobre el borde de la fuente, situada en el centro del patio, viendo cómo se reflejaban con exactitud las imágenes en el agua cristalina, observaba las figuras circulares, perfectas, que se formaban al dejar caer objetos en la pila. Pasaron cinco minutos, cuando vio reflejado a una persona, levantó la mirada para verlo directamente pero no había nadie. Volteó a todos los rincones del patio, ninguna persona estaba presente. Puso la vista una vez más en el fondo de la fuente y ahí seguía el personaje. Benito se impresionó. Levantó una vez más la vista y nadie, miró hacia el agua y ahí estaba la imagen de ese humano. Sin asustarse el niño permaneció concentrado en la figura reflejada, la cual le transmitía tranquilidad y seguridad. Observaba con detalle y curiosidad la perfección de esa estampa, cuando la persona empezó a mover sus labios, comprendió lo que le estaba diciendo, la mente del niño reproducía esa voz dulce y melodiosa, su corazón palpitaba lentamente, al ritmo del comunicado. Benito supo de su poder a los nueve años.

I

Benito se reportó enfermo, fue a su habitación. Todo el día estuvo acostado, con la mirada en el techo, inmóvil y sin probar alimento, digiriendo ese mensaje que le había dado el arcángel. Por la noche le recorrió por todo su cuerpo un hormigueo, se sentía cansado a pesar de haber dormido la mayor parte del día, las manos estaban entumecidas, tenía calambres en sus piernas, no podía caminar. La fiebre y dolores de cabeza eran constantes. Pesadillas lo asediaban todas las veces que conciliaba el sueño. Pasó tres días encerrado, con la expresión de agotamiento, preocupación e incredulidad en su rostro. Los monjes, sí le creyeron lo de la "enfermedad". Tenían la certeza de que el niño tendría lombrices. Los frailes lo atendieron con remedios caseros. Al cuarto día, los síntomas habían desaparecido completamente. Al despertarse Benito, fue a bañarse. Llegó tarde para el primer oficio del día. Ingresó al recinto silenciosamente, sentándose a un lado del hermano Baltasar. Éste volteo y le sonrió levemente.

O

Habían pasado nueve meses desde el anuncio del poder de Benito, sin ningún evento o acontecimiento en el cual tuviera el niño que intervenir. Benito pensaba que quizá no pasó o probablemente había sido un sueño,

un recuerdo, una experiencia irreal, nunca vivida.

Al ir al primer oficio, notó la ausencia del fray Alfredo, quien no celebró la misa, el hermano Baltasar le dijo que estaba enfermo, tenía dolores en el vientre, temperatura, diarrea y constantes vómitos. Al terminar la ceremonia a Benito le encomendaron el cuidado del enfermo por las tardes. El chico lo ayudaba a levantarse y acostarse, también traía los líquidos para hidratarlo y le daba las medicinas que el doctor recomendó. Pasaron tres días y no había mejoría. Una noche en su cuarto, el niño no pudo dormir. Por su mente corrían imágenes, inquietudes, dudas, inquietudes, soluciones y más inquietudes. Por la mañana al levantarse, fue directamente a la habitación del fraile Alfredo. Tocó, abrió la puerta el monje Heriberto.

-Buenos días hermano Heriberto. Vengo a remplazarlo, me lo pidió el hermano Baltasar.

-Pero tú debes de apoyar en el oficio de la misa. –Comentó, reflejando sorpresa en su rostro y extrañeza en su voz--. Yo me quedo, vete y regresas por la tarde, además no puedes faltar a tus clases.

-No se preocupe hermano Heriberto, hoy no tengo clases, ya aprobé todos mis exámenes y mejor usted lo cuida esta tarde por mí.

El monje Heriberto partió no muy convencido. Benito vio aún dormido al sacerdote Alfredo, sudoroso, pálido y débil. No supo por dónde empezar, qué hacer y cómo. Su cerebro no lograba unir ideas ni pensamientos. Para tranquilizarse, se arrodilló a un costado de la cama y empezó a rezar. Al terminar sus oraciones, salió al baño a lavarse las manos. En el trayecto de regreso una cadena de imágenes pasaron rápidamente por su mente, sonrió y caminó con paso seguro, satisfecho por encontrar la solución.

En la habitación, dio de beber al enfermo un té, cambió la toalla húmeda depositada sobre la frente. Comenzó a masajear el vientre con delicadeza, aumentando paulatinamente la intensidad y fuerza del movimiento de sus manos. Fue tanta la presión sobre el abdomen, que el doliente despertó articulando un fuerte alarido y vio a Benito aplicándole este remedio doloroso, al instante el fraile entro en estado inconsciente. El constante roce, aumentó la temperatura del enfermo como de Benito, el niño cayó agotado sobre la cama.

Pasaron algunos minutos y entraron los hermanos Baltasar y Heriberto. Vieron a los dos desmayados, llevaron al niño a su cuarto. Por la tarde fray Alfredo, estaba sanado, casi por completo. Benito estaba muy mal, los síntomas los había absorbido. Duró una semana enfermo. Hasta que una mañana, amaneció sin ningún indicio del malestar.

P

Después de la comida, el religioso Baltasar y Benito fueron a dar un paseo por la sierra, era un día frío, medio nublado.

-¿Cómo pasó? ¿Cómo supiste? Eso de sanar. --El aire penetraba ligeramente sus hábitos.

-Hace más de un año, tuve una aparición, ¿se acuerda que estuve enfermo?

-Sí, pensamos que tenías animales en el estómago.

Benito empieza a explicarle todo el episodio que vivió ese día, mientras se adentran en la sierra tupida, entre pinos y abedules, produciendo un crujido cada paso, dejando huellas sobre la vereda y en el fraile, al principio un aliento de esperanza para la causa de la congregación.

-¿Por qué no me lo mencionaste?

-Pensé, no me iban a creer, dirían que lo habría soñado.

-Tienes razón, hubiera sido difícil, te hubiéramos juzgado como un fantasioso, idealista, cosas de niños, una invención tuya por tanto leer la biblia; pero ¿Es tu único don? o ¿Son varios?

La charla duró cuatro horas, aislados en la tranquilidad del entorno, Benito no mencionó el precio a pagar por este talento. Sin conocer el porqué de estos acontecimientos regresaron por otro camino al monasterio, con más dudas que las iniciales, el sol empezaba a ocultarse, ¿Cómo debían de actuar? La vocación de interceder ante Dios por las necesidades de los hombres y la iglesia, ¿Se vería modificada? ¿Cuál será la gran prueba? ¿Algo había de fondo? ¿Qué les deparaba el futuro? Al chico y a los frailes. Nada de esto presagiaba un buen augurio.

A

A partir de ese momento, Benito fue considerado como un joven a pesar de sus escasos nueve años. Le quitaron obligaciones y asignaron algunas tareas nuevas. El niño fue adquiriendo más conciencia de sus acciones, lo guiaron para adquirir sabiduría en la aplicación de su don, la responsabilidad va unida con ese talento.

S

Domingo, un amanecer nublado, la lluvia no paraba de caer, tenía tres días sin descanso. Llega al monasterio un campesino pidiendo que algún fraile lo acompañe para confesar y darle los santos oleos al doctor Valerio, el médico lleva dos días enfermo, inconsciente con fiebre y escalofríos, su asistente le da medicina, pero sin resultado favorable. Después de varias horas de discusión por todos los monjes, unos a favor y otros no, objetando los puntos de vista de todos los ahí presentes. Partieron rumbo a la población de nombre Ocovilla, la más cercana al monasterio, toma medio día el trayecto. Es la primera vez que Benito sale del claustro y sus colindancias, va acompañado por los religiosos Heriberto y Baltasar, caminan una hora para llegar al lugar donde está estacionada la camioneta conducida por el campesino.

Con su cara, efusiva, al ver el vehículo, no sabe por dónde subir, el hermano Baltasar le muestra cómo hacerlo. En el recorrido, Benito contempla los rasgos del chofer, no había visto a alguien con ese color de tez, morena, con la vestimenta adecuada para un hombre de campo pero extraña para el niño. Los frailes lo observan sin decir palabra, saciado en su espíritu, concentrado, maravillado, no pestañea, almacena las imágenes de la naturaleza, diferente y hermosa. No hace preguntas pero, la expresión en su mirada lo delata.

Debido a las lluvias el camino está enlodado, llegan muy noche al pueblo, Benito sigue impresionado de las casas, las calles. Van directamente a la vivienda del doctor. El asistente del médico los recibe y conduce a la habitación donde está el enfermo. Entran los cuatro, el señor Valerio tiene la expresión de muerte en su rostro, lleva muchas horas en agonía.

-Necesita algo en especial, sino lo tengo lo consigo con algún vecino.

-¿Quieres algo Benito? -Pregunta el hermano Heriberto.

-Solo té, jabón, toallas y agua.

Sale el colaborador y en unos minutos está de regreso con las cosas que pidió el chamaco, las coloca sobre la mesa.

-¿Algo más?

-No, salgamos y dejemos al chico con el enfermo. -Dice el monje Baltasar, extendiendo sus brazos para encaminar hacia a fuera a los presentes. Cierra la puerta.

Benito se lava las manos, camina alrededor de la cama, las dudas lo afrontan, no sabe cómo empezar, intenta recordar la manera exacta de la primera vez, no los tiene muy claros, han pasado muchos días. Comienza a frotarle el vientre. Pasan veinte minutos, los sonidos provenientes del cuarto cesan. Los frailes entran y ven al niño postrado en la cama,

agotado, sudoroso. Lo toman de los brazos, lo llevan inmediatamente a la camioneta, los está esperando el chofer con el motor encendido. Lo suben a la cabina con el monje Baltasar, el hermano Heriberto se sube a la parte de atrás. Benito, desganado, con fiebre, adolorido y delirando, es llevado a la abadía lo más rápido que el camino lo permite. Arriban al final de la vía, pasado la media noche. Entre los tres lo cargan para llevarlo al monasterio, después de un gran esfuerzo, tropezones, caídas, llegan demolidos y el niño en un estado crítico. Tocan a la puerta, un fraile abre y al verlos, él carga al chico e inmediatamente lo conduce a la habitación. Benito pasó seis días en convalecencia. Al chiquillo no le preocupa los días que pasa con los síntomas después de cada sanación, hay algo más que le incomoda.

D

La noticia de la curación del doctor Valerio, se esparció por toda la región. La tranquilidad del monasterio, se había evaporado. Una vez repuesto Benito, le solicitaron que sanara al presidente municipal de Ocovilla, quién lo esperaba en una habitación, inconsciente; los rebeldes le habían dado tres balazos cuando salía de su oficina, uno en el pecho cerca del corazón, otro en una pierna y el tercero en la cabeza. Su estado era crítico. Debido a la gravedad de las lesiones, Benito no tuvo opción, aceptó. A los dos días el Señor Olea, estaba de pie, en camino a su casa y Benito en cama, por los siguientes siete días.

F

Llega la gente, primero a pedirles que fueran a visitar los enfermos. Ante las constantes negaciones, los afectados eran llevados al claustro, sin importarles las explicaciones sobre las consecuencias que el niño tiene en cada procedimiento y del reposo que este debe de tomar para restablecerse. No puede curar a diario, pues al menos pasará seis días en cama.

Benito y los religiosos estaban en un dilema, veían como alguna gente pasaba de esperanza a enojo y decepcionados, se retiraban. Les trajo más problemas que soluciones. Nunca debieron permitir al infante salir a curar al doctor Valerio. Las personas se volvieron en contra de ellos al no apiadarse de los convalecientes y no poder ofrecerles sanación.

G

Lunes por la tarde, urgentemente mandan reunir a todos los hermanos.

-Como saben y han visto, la tranquilidad de nuestra congregación ha sido alterada los últimos días, --fray Alfredo dice, caminando en el círculo formado por los religiosos-- hemos tenido muchos inconvenientes, la gente se ha enojado con nosotros. No debimos de haber aceptado la

propuesta de sanar al doctor –camina ante la mirada de todos, cabizbajo y con pasos lentos pero firmes--, tenemos que hacer algo al respecto. No podemos seguir así.

-Mandemos a Benito a la capital. --Desde el fondo alguien sugiere, el bullicio se apodera del recinto, el orden se rompe con los comentarios de todos al respecto del niño. El monje Alfredo, pide silencio para escuchar las propuestas y saber lo que Benito piensa. Fray Heriberto pide la palabra.

-No sabíamos nada sobre la convalecencia del niño cada vez que cura a alguien. Si lo hubiéramos sabido, nunca habría salido de aquí, por su salud.

-¿Lo sabías Benito? –Le interroga el hermano Alfredo.

-Sí.

-¿Porque no lo mencionaste?! –Alguien de la primera fila eleva la voz.

-Quiero ser útil, para la gente, a ustedes y a Dios.

La serenidad vuelve a alterarse. Después de algunos minutos fray Alfredo pide silencio una vez más. Pasan horas, discutiendo sobre estos acontecimientos y la virtud del niño, sin llegar a un acuerdo o alguna solución que dejará complacidos a todos. Viendo la expresión de preocupación de Benito, el hermano Baltasar interviene.

-¡Esto es un dilema! Estamos aquí para orar y trabajar, eso lo tenemos todos claro, no vamos a culpar a Benito, ¿a esa edad quién de ustedes era totalmente consciente de sus actos? Todos debemos aportar ideas razonadas y sustentadas para solucionar esto. Me queda claro que por algo se nos presentó este don, y el niño es nuestra responsabilidad, tenemos que hacer el uso correcto de los milagros, hasta que él –dirigiéndose al chico-- nos demuestre que es apto de razonar y aplicar con su consciencia esa capacidad de aliviar. Propongo que terminemos con esta reunión ya y en la tranquilidad de nuestras habitaciones pensemos, analicemos las posibilidades de solucionar esto.

El fray Alfredo comenta.

-Vamos a continuar mañana después del desayuno. Todos consideremos las vías para enderezar el camino en el que nos hemos metido.

Salen los monjes hacia sus recintos de descanso. Benito camina sólo, con la mirada clavada en el piso, su mente no ordena todos los pensamientos que le vienen, uno tras otro sin parar. Llega a su cuarto para dormir, pero

no lo logra, ideas, preguntas, soluciones y consecuencias le llueven.

H

Después de los alimentos matutinos, todos se congregan para darle la solución más adecuada a esta situación. Las ideas se expusieron, fueron discutidas cada una, dando lugar a que todos expresaran su opinión a cada propuesta. Hubo una pausa para la comida y regresaron para continuar con el debate. Ya muy noche finalizaron, con la decisión que la mayoría aprobó.

J

Para el chico la tranquilidad volvió, su semblante estaba recuperado, fue un mes sin salir del convento ni curar. Él había consentido esa decisión. La vida monástica continuó su curso. De cuatro de la mañana hasta las diez de la noche, la rutina lo mantenía ocupado. Hasta un viernes al medio día, soleado, el cielo con un azul brillante, soplabla una brisa que refrescaba el ambiente. Tocaron a la puerta del monasterio. Benito pasaba cerca y escuchó el golpeteo urgente, con prisa caminó hacia la puerta, abrió. Vio a una persona gravemente herida, sostenida por una señora y un hombre.

-Buenas tardes, ayúdenos por favor --suplica el señor--, queremos que lo curen, fue baleado.

La mujer mira con angustia y ternura al niño.

-Tráiganlo para este cuarto. --Benito no lo piensa, les dice apresurando su paso para abrir la habitación, le siguen los tres. Entran y acuestan al herido sobre la mesa.

-Pongan esto para taponar un poco el sangrado, voy por unas cosas que necesito.

Llegan los frailes Baltasar y Carlos. Para saber que sucede, al ver la escena están un poco molestos con el niño, por dejarlos pasar. El monje Baltasar no identifica a las personas. Benito llega y les pide que salgan todos. El hermano Carlos los encamina hacia el patio.

-Hermano Baltasar ¿no me reconoce?

-No, discúlpeme.

-Soy la mamá de Benito, --no pudo ocultar la expresión de asombro el monje--iba mi esposo hacia Ocovilla para reunirse con la gente, cuando en el camino lo interceptaron los policías, empezaron a dispararle, se defendió y como pudo logró llegar a casa. En cuanto lo vi no dudé en

venir, para que mi hijo lo cure.

-¿Le mencionó algo al niño?

-No, sólo quiero que lo alivie, no sabría que hacer yo sola, sin marido ni hijo.

-Pase lo que pase el plazo aún no vence faltan tres años ¿recuerda?

-Sí, -la voz se le quiebra-- la situación sigue muy difícil, ni para cuando acabe la revuelta. Es una emergencia por lo que estamos aquí, en cuanto esté sanado Darío nos vamos sin decir palabra, eso sí, eternamente agradecidos.

-No es momento de mencionarle al niño, sobre ustedes. Lo iré preparando poco a poco en cuanto se aproxime la fecha pactada.

El fraile Carlos, está cerca de la puerta, escucha los gemidos de Benito y llama al hermano Baltasar. Ambos entran, ven al niño desfallecido, lo cargan para llevarlo a su habitación. Leonor observa a Benito, se preocupa por la condición del niño al verle inconsciente, caminan hacia al cuarto la señora Valtierra y su acompañante; entran al cuarto, la esposa suelta el llanto, reprimido por la cantidad de eventos fortuitos y desagradables que ha vivido este día. Acercándose a la cama, le habla a Darío, sin saber si este la escucha; suplica la pronta recuperación de su marido, en la puerta permanece el campesino. Unos instantes después regresan los frailes.

-Van a pasar esta noche aquí con nosotros, les proporcionaremos otra habitación. Mañana estará en condiciones de caminar su esposo.

-Gracias. -Solloza Leonor, limpiándose las lágrimas que resbalan sobre sus mejillas.

-No intente ver al chico, nosotros le agradeceremos de su parte, estará bien en una semana. Es parte del proceso esa decaída, se recuperará. El hermano Carlos les traerá los alimentos para ustedes y para el enfermo.

K

Temprano, partieron los tres con el sol escondido detrás de la capa espesa de nubes, Darío estaba en buenas condiciones, un poco adolorido pero con fuerza suficiente para aguantar el ajeteo del trayecto. Una vez que arrancaron en la camioneta, Leonor le contó paso a paso, desde el momento en que abrió la puerta Benito, hasta como vio salir a su hijo desfallecido, ayudado por los frailes. Las lágrimas de ambos agobiaron el camino, largo, sordo y fastidioso. El campesino estaba incomodo, no sabía que hacer o decir, permaneció cohibido, conduciendo con cuidado, mientras los esposos perdían su mirada en el horizonte, con sus

pensamientos indefinidos, fue casi nula la conversación, solo palabras huérfanas, carentes de importancia.

L

Después de la larga noche, el sol empieza a asomarse tímidamente, como si supiera la pena de los Valtierra y no quisiera molestarlos, Darío y Leonor ellos están acostados, sin moverse, sus vistas pegadas al techo, en ese vacío que proyecta el color blanco, sus corazones les lastiman lentamente, con aceleraciones inesperadas y variables. Ninguno logra articular palabra. Ellos aún padecen la pérdida de su hijo, a pesar de casi nueve años de distancia. Las heridas físicas de él están casi sanadas. Al escuchar el golpeteo constante en la puerta, los vuelve a la realidad, Leonor se levanta dirigiéndose hacia la entrada. Abre, da indicaciones al campesino regresa al cuarto y ve a su esposo vistiéndose para salir a trabajar.

-¿Quieres algo de desayunar?

-No, gracias, déjame ir a supervisar la cosecha, regreso en dos horas. -Le contesta con la voz temblorosa.

-¿Ni café? -Pregunta Leonor ocultando el dolor en su voz.

-Eso si, por favor.

Después de terminar su café sale Darío. Pasan más de dos horas y regresa a almorzar. Leonor tiene todo preparado. Ambos sentados con la mirada puesta en los platos, el sonido de los tenedores y los sorbos de café ambientan la habitación, haciéndola parecer más amplia y muy fría. Ellos deberían de estar contentos, al haber Benito salvado a Darío, pero en el fondo les carcomía sus almas, el hecho de estar tan cerca de Benito y no poder abrazarlo, hablar con él, les removieron heridas sin cicatrizar, aun después de nueve años, los remordimientos y la culpa los envolvían.

-¿Faltan casi tres años?

-¿Para qué? -Darío finge, para huir de ese tema, por la larga espera del plazo acordado.

-Para ir al monasterio y hablar con el fraile, sobre lo de Benito. ¿Qué haremos?

-Lo lógico es preguntarle al niño si él quiere venir a vivir con nosotros. Espero que la revuelta, para entonces haya terminado, aun así no estoy seguro de que debamos ir.

-¿No sientes curiosidad de hablar con él? Saber que piensa y que decide respecto a nosotros. –Eleva Leonor el tono de voz al ver la tranquilidad de su esposo.

-Sí, pero he estado pensando ¿Qué derecho tenemos de ir a inquietarlo?

-Recuerda –con la voz suplicante-- el fraile va a hablar con el niño mucho antes de que nos presentemos ante él.

-Y ¿Si no lo hace el monje?

-Ok, llegamos preguntado por el fraile Baltazar y nos dirá si ya está advertido el chico.

-No lo sé.

-Por favor, ¿no tienes deseos de abrazarlo, besarlo, escucharlo? –Leonor le pregunta tiernamente-- ¿Qué te pasa? Es nuestro hijo –empieza a llorar ante la frialdad de Darío.

-Claro, pero no crees que quizá su misión sea el de seguir curando gente. Por algo le dieron ese don.

En un arranque de enojo, Leonor le recrimina.

-Si no vas tú, voy sola. –Sale del cuarto con sus sentimientos destrozados, dejando pensativo a Darío. Camina por los sembradíos, debajo de los abrazadores rayos solares, por su molestia no le calan, intenta dejar atrás la conversación y su disgusto.

Ñ

La vida de los Valtierra vuelve a la rutina. Las visitas con heridos al monasterio, volvieron, conforme se agravaba la situación por la revuelta. Empezó a escasear las medicinas y aumentaron las personas lesionadas por bala y por otros instrumentos. Los frailes junto con la aceptación de Benito, propusieron aliviar uno por mes, tenían mucha presión por los dos lados de la contienda, el gobierno y el pueblo.

Z

Un verano caluroso, pocas lluvias y demasiados días soleados, la brisa que baja refresca, ese es el ambiente que les rodea en esa tarde. Al monasterio llegan visitas desde Roma, un Cardenal, un Obispo y un Arzobispo, vienen para tomar nota de los milagros, traen una actitud de duda, se les nota en sus expresiones faciales. Son recibidos por todos los monjes, algunos frailes están alegres y otros preocupados por lo que le pudiera pasar a Benito. Después de la cena todos se dirigen a sus

habitaciones para dormir.

Al día siguiente al terminar el almuerzo, las visitas piden entrevistar al niño junto con el hermano Baltasar. Estos dos entran a la habitación donde les esperan las autoridades eclesiásticas.

-Buenos días. --Benito saluda al entrar al recinto, acercándose para besarles la mano, lo sigue el fraile y hace lo mismo.

-Buenos días. --contestan al unísono los religiosos y con un ademán les indican el lugar para sentarse. Una vez los cinco, acomodados en su lugar y después de unos minutos de silencio, en los cuales los prelados analizan al chico; empieza el interrogatorio.

-Como veras es difícil, que creamos lo que haces. Hasta Roma ha llegado el rumor y por eso nos mandaron a los tres para ser testigos. --Benito no parpadea, la indumentaria de los visitantes es para el chico muy llamativa, el hermano Baltasar esta algo inquieto, el Cardenal se pone de pie, camina y continúa hablando--. Hay muchos fraudes en esta época, debemos ver tu accionar, ¿Te molestaría?

-No.

-Bien, nos han comentado que la semana próxima vas a hacer uno. ¿Es correcto?

-Sí.

El Arzobispo, interrumpe.

-Tenemos que estar los tres presentes. ¿Te incomodaría?

-Si el hermano Baltasar está presente, no.

-¿Hermano?

-En absoluto, me encantaría. --Responde con algo de preocupación en el rostro.

Interviene el Obispo, lleno de malicia en su expresión.

-Nos puedes platicar ¿Cuál es el procedimiento?

-Me lavo las manos, después estoy parado a un lado del enfermo y rezo. Una vez que termino empiezo a frotar mis manos en la herida.

-Después de eso, queda inerte el hermano Benito, --dice el fray Baltasar, apresuradamente-- pasamos por él y lo llevamos a su habitación por una

semana o más. Hasta que recupera sus fuerzas.

-¿Y el herido?

-Lo dejamos un día con nosotros, --el monje interviene una vez más-- al igual que un acompañante y por la mañana salen caminando, normalmente, un poco adoloridos, pero aliviados.

-Es ilógico --comenta el Obispo, lazando dagas con su mirada a Benito-- y no será un sueño del niño y que ustedes les den medicina y por la noche algún fraile pase a curarlo. ¿Por qué no duran más tiempo los convalecientes?

-Es tan eficiente la curación que Benito les aplica, que el alivio es casi casi instantáneo.

-Todo esto es muy raro. --Sigue el Obispo desacreditando al infante, pero éste ni se inquieta, sonríe levemente y sigue atento a las palabras que cada uno pronuncian sin perderles de vista, en su mente les dibuja garabatos en la cara con marcador.

-¿Quién se apareció ante ti y te dijo lo de tu don?

-No lo sé, era una persona pero su imagen era borrosa.

-¿Tenía alas?

-No que me recuerde.

-¿No sería el demonio? --El Arzobispo Monsalve pregunta.

-No, --irrumpe tajante el fray Baltasar-- el diablo no puede entrar a un lugar sagrado como este convento.

La tensión aumenta ante las reclamaciones de unos y las respuestas de otros. Benito ni se impresiona, él está seguro de sí mismo, en ocasiones le asalta la idea de comentar la factura que paga después de cada curación, pero la mente reacciona e impide que salgan las palabras delatando ese inconveniente.

-Estoy de acuerdo con eso, --el Cardenal afirma-- especifica cómo era esa persona, tamaño, color de piel, ¿Tenía alguna seña en particular?

La investigación se alarga hasta la hora de comida, los eclesiásticos siguen sin creerles al niño y al fraile. El monje Heriberto toca a la puerta y les llama para que consuman los alimentos del medio día, dan por terminado la reunión, Benito sigue sin comunicar a nadie sobre el precio a pagar por

su don.

X

Con dos días de visita el Cardenal y sus asistentes, piden permiso para salir a caminar por el bosque, van a reflexionar en la tranquilidad queda este lugar, principalmente los comentarios que Benito les dijo ayer, durante el interrogatorio. Los tres llenos de mala vibra recorren algunos senderos; con quejas por todo, desde la bienvenida, las habitaciones y hasta los alimentos, pasando, según ellos, por la mala atención recibida durante este par de días. Van adentrándose en el bosque por los entornos del convento; el follaje los rodea, una brisa leve y refrescante llena sus pulmones, respiran hondo, por momentos distraen la mirada ante la encantadora vegetación, en una de esas distracciones; el Pronuncio Alamino voltea hacia las copas de los árboles, tambalea, pierde el equilibrio y sufre una caída, un accidente mortal, pega su cráneo contra una piedra. Tratan de reanimarlo pero no responde, la sangre empieza a rodear el cuerpo del lesionado y mancha los pies de los acompañantes, el obispo Blázquez permanece con el Cardenal y el Arzobispo Monsalve corre hacia el monasterio a pedir ayuda. Varios monjes van al lugar del incidente para llevar al Prelado hacia el convento, Benito lo espera en una habitación.

Una vez dentro del claustro, lo llevan al cuarto, depositan al Cardenal sobre la cama, el chico está tranquilo. El Obispo y el Arzobispo intentan presenciar la curación, pero el hermano Baltasar les impide y hay una pequeña trifulca ante la insistencia y reclamos de los visitantes. Benito les pide que salgan todos.

-Eso no era lo que habíamos acordado. -La ira inunda la cara del Obispo, son empujados los dos por los frailes hacia afuera.

-Quedamos en que ustedes verían la curación de un foráneo, nunca dijimos algo sobre si se accidentaba alguno de ustedes. -responde el monje Baltasar, parado en el corredor con la puerta ya cerrada, bloqueándola.

-Si no vemos, no vamos a dar el aval al niño.

-Tendrán que esperar, oyeron al hermano Benito, pidiendo que todos salgamos.

A los pronuncios la rabia no los abandona, seguía dentro de ellos, intentan abrir la puerta pero los frailes lo impiden una vez más, casi llegan a los golpes. Tras algunos minutos, por fin todos se calman.

-Lo verán en algunos minutos, entraremos a ver al Cardenal y a Benito, paciencia por favor. -Al Obispo y Arzobispo la arrogancia y desilusión les

llena el semblante y su cuerpo, mientras al fray Baltasar, alegría, gozo y satisfacción, lo inundan por dentro al ver las reacciones de los visitantes.

A los pocos minutos, entran los hermanos Baltasar y Heriberto, seguidos por el Arzobispo Monsalve y Obispo Blázquez, estos se quedan inmóviles ante la escena; ven al Cardenal sin hemorragia y el niño recostado sobre la cama, los frailes toman a Benito, llevándolo a su habitación para recuperarse. Mientras los otros dos rodean el herido con cara de incredulidad ante la notable mejoría en el rostro del Cardenal Alamino; hay algunas manchas de sangre sobre el cuerpo y en la ropa de la cama. Pasan quince minutos y regresan los frailes para explicarles los pasos a seguir para la pronta recuperación del lesionado y notificándoles sobre el estado de salud del niño.

Durante la noche se turnan la vigía los dos prelados para confirmar la constante mejoría del Cardenal, revisan en cada rincón de la habitación, ésta amueblada mínimamente con lo necesario. Al amanecer el Cardenal está consciente, no recuerda como llegó ahí, ni la gravedad de su lesión y tampoco cuánto tiempo ha pasado acostado, para él han sido solo algunos minutos. La recuperación fue rápida, por la noche ya estaba de pie, con algo de dolor pero insignificante comparado a la lesión sufrida. Aun no le comentan de cómo fue sanado. Esperan a que pase un par de noches más y la dolencia desaparezca para discutir el milagro y tomar una decisión oficial de la iglesia ante estos hechos extraordinarios del infante, además del restablecimiento de éste.

C

Los días siguientes los visitantes se pasaron husmeando en cada habitación, rincón y utensilio que encontraban para darse a ellos mismos una explicación lógica. Al séptimo día, después del desayuno se reúnen las autoridades eclesásticas, los frailes Baltasar y Heriberto y Benito, casi recuperado. Están en la misma habitación. Después de los saludos correspondientes y todos sentados en su respectivo sitio.

-Gracias Benito, --fríamente dice el Cardenal, sin demostrar un verdadero reconocimiento en su rostro-- no sé cómo lo hiciste ni que empleaste pero me salvaste la vida, por lo que me dicen mis colegas, fue un accidente gravísimo, solo estuve adolorido y desgastado por un par de días, pero me siento muy bien.

-Lo único que hago es lo que les dije.

-Buscamos por todos los escondites y no encontramos rastro de algún utensilio que puedas usar.

-Es que uso solo mis manos y los rezos.

Con escepticismo las autoridades eclesiásticas escuchan, no entienden o no quieren entender lo que el chico dice, a pesar de la experiencia vivida por el Cardenal; Benito no le da importancia, los frailes, sí. Ante la inesperada curación del chico, suspenden la sanación programada. El Cardenal Alamino, el Obispo Blázquez y el Arzobispo Monsalve deciden partir al día siguiente para en la tranquilidad del camino de regreso, con la cabeza fría, reflexionar sobre estos milagros.

V

Después de la partida de las autoridades eclesiásticas, no muy convencidos de los milagros del infante, el semblante de Benito es muy bueno, debido al cuidado que le dan después de cada curación; con descanso, alimentos saludables y casi nulas las obligaciones de la vida monástica. El fray Baltasar decide que es el momento de entablar una conversación con el chico, referente a sus padres, en tres meses va cumplir trece años, el plazo se acerca, debido a su estabilidad emocional y física hacen el momento adecuado.

-Benito, vamos a dar un paseo.

-Sí, hermano Baltasar.

El verano continúa en su apogeo, la tarde está limpia de nubes, el cielo con un azul brillante, el sol baña las copas de los árboles; el calor no les altera debido al descenso de los vientos refrescantes provenientes de las montañas.

-Te ha sentado bien el ritmo de curaciones, ¿No lo crees?

-Sí, además ya no hago muchas labores.

La plática sigue por varios minutos con temas sin importancia, el fraile lo lleva poco a poco hacia el punto importante.

-Veras Benito, hay algo que hemos estado guardando. Es un secreto.

-¿Me lo va a decir?

-Sí, pero quiero que lo medites una vez que lo sepas. Debes tomar una decisión, tienes todo mi apoyo y también de todos.

-¿Cuál es ese secreto? Que me tiene intrigado.

-No lo recuerdas, pero hace alrededor de catorce años empezó una revuelta en esta zona. La situación se volvió muy complicada para todos, nosotros no corrimos ningún peligro por lo apartado del monasterio, -- el niño sigue muy atento, su corazón late fuertemente y acelera el ritmo conforme caminan-- todavía quedan algunos brotes de ese movimiento; en fin, esa noche me dirigía a la capilla, pasaba por la puerta y escuche algunos golpes, abrí y vi una pareja con un bebe en brazos. --Benito toma un brazo del monje para sostenerse, un desvanecimiento le invade, ambos detienen su caminata y empiezan lentamente a sentarse sobre la superficie irregular de la vereda.

En silencio el fraile espera a que el infante recupere el semblante y el respiro se normalice. Pasa un largo rato, la naturaleza los rodea con sonidos. Los dos sin mediar palabra, deciden continuar con el paseo y la plática.

-¿Es lo que pienso?

-Sí, ellos vinieron a nosotros para dejarte en buenas manos. Explicaron varias razones porque llegaron a tomar esa dolorosa decisión. --Detienen una vez más la marcha. La mirada de Benito se pierde entre el follaje; fray Heriberto silencia sus palabras.

-¿Los conocía?

-No.

-¿Los ha vuelto a ver?

-Una sola vez.

-¿Han venido al claustro?

-Sí.

-¿Los conozco?

-Sí. El mismo día que yo los volví a ver.

-¿He curado a alguno de ellos?

-A tu padre.

Benito recordó el momento donde una señora lo veía con una intensidad en su mirar, dentro de ella había un freno, algo que la reprimía. Esa sensación le dejó al niño, él nunca se lo imaginó ni le tomó importancia a

esa reacción inusual. Hubo una pausa.

-Ya los recuerdo.

-Pero eso no es todo. Aquel lejano día, les pedí una condición para reciberte, la cual fue que no volverían hasta que tu cumplieras trece años, una vez aceptada la propuesta no había marcha atrás, nada de arrepentimientos, les dimos hospedaje para que pensarán bien lo que iban a hacer, al día siguiente se marcharon; nunca lo habíamos hecho y no lo volveremos a hacer, pero algo dentro de mi ablandó el corazón, una premonición o no sé qué, pero el punto es que acepté y no me arrepiento.

Algunas lágrimas escaparon de los ojos de Benito.

-¿Qué va a seguir?

-Van a venir dentro de poco, vamos a suspender las sanaciones, tú vas a seguir con tu rutina. Vas a ir a vivir algún tiempo con ellos, así vas a comprobar si realmente tienes madera de fraile o cambias de parecer y te gusta la vida fuera del convento; si regresas es por tu propia decisión.

-Pero ahora no me da opciones.

-Tienes que conocer a tus padres y su forma de vida, ellos te esperan con ansias, además no puedo faltar a mi palabra. Tú vas a decidir cuánto tiempo estar con ellos, puede ser desde un mes hasta varios años. Conocerás a muchachos y chicas de tu edad. Otra cosa muy importante, no debes practicar tus métodos de saneamiento por ningún motivo, recuerda que deben cuidarte después de cada procedimiento y no sabrán cómo realizarlo, puede que te ocurra algo muy grave y de consecuencias fatales.

Ambos callaron el trayecto restante al convento. No había otra elección, Benito va a vivir por un tiempo en casa de sus padres. Dentro del niño algo le incomoda, él sabe que es pero no puede expresarlo.

B

La expectación de ver a Benito, va en aumento conforme se acerca la fecha, Leonor y Darío ansían que llegue el día. Largos doce años. No intentaron tener más hijos, el remordimiento de haber dado en adopción a Benito nunca los abandonó. Su situación económica mejora, la revuelta casi acaba, ha sido depuesto el mal gobierno. En el rancho las cosas pintan bien, ha habido mejoras y trabajo nunca les falta, han contratado a gente para que les ayuden con las labores de la siembra y el cuidado de

los animales.

Van en camino hacia el convento, no pudieron dormir de la inquietud, tienen dudas de cómo reaccionará Benito; el día es soleado, pocas nubes en el firmamento, el camino está en buen estado, las lluvias han pasado. El chico realizó dos sanaciones más antes de partir a casa de sus progenitores.

El día llegó, sus pocas pertenencias están empacadas. Después de la misa y antes de desayunar, todos los hermanos se congregan alrededor del niño para despedirse, ninguno tiene la certeza de volverlo a ver, quizá se adapte a su nueva vida o regrese para realizar los votos de ordenación en este convento. Benito está triste, sabe que no volverá a verlos. En la puerta lo esperan dos personas ansiosas y con muchas cosas o quizá ninguna por compartir, los nervios les provocan pensamientos enfrentados. Benito se acerca a ellos, tenso, pensativo con muchas dudas.

-Hola hijo.

-Hola. -No sabe si abrazarlos o solo apretar las manos, la mirada confusa y sus pensamientos más.

-Déjame ayudarte con tus pertenencias. -Dice Darío, al tiempo de alargar sus temblorosos brazos para quitarle la maleta a Benito.

-No, gracias. Yo puedo, no están pesadas.

-Ok, vamos a la camioneta. -Dándole una palmada en la espalda, los tres voltean hacia los monjes y ondean sus brazos en señal de despedida, estos responden. Para Benito, el camino hacia la camioneta es largo y triste pero para los esposos Valtierra, no. Las miradas de los tres están dirigidas hacia el mismo punto, los pensamientos están divagados, no hay palabras, es un momento incómodo. Una vez en la camioneta, la conversación fluye y empiezan a encajar. Risas, anécdotas y vivencias hacen el trayecto rápido. Benito está asombrado por lo bello del paisaje, los diferentes colores de las cosechas, hacen un abanico multicolor, percibe diferentes aromas que emanan de los cultivos. Llegan a la cabaña, su rostro proyecta aceptación. Han hecho un vínculo. Le muestran la casa, se instala en su cuarto; después a comer, salen a caminar para mostrarle el rancho. Darío y Leonor le explican las labores que realizan ahí, tanto los empleados como ellos dos. Benito comienza a interesarle esa vida, dentro de él reside un profundo deseo de aprender algo más.

El chico ha crecido, lleva quince meses ahí, le gusta esa vida, asiste a la secundaria, tiene amigos, por las tardes ayuda en las labores de la granja. Es un joven maduro en comparación con sus compañeros de escuela. Hace algunas travesuras pero con prudencia. Todas las noches pide por

los frailes, no los ha vuelto a ver y tiene pocas noticias de ellos; los extraña pero se ha adaptado muy bien a su verdadera familia. Nunca ha preguntado ni les ha cuestionado la razón que les orillo a darlo en adopción; comprende y acepta con entereza. El pasado fue, no hay marcha atrás, pero hay algo que lo altera.

N

Sábado, amanece nublado, ha llovido toda la noche, el campo huele delicioso a tierra mojada y se ve potente, el agua lo revitaliza. Benito se levanta un poco tarde, tiene mucha pereza, algo inusual; sus papás ya están desayunando.

-Buenos días, dormilón.

-Me siento cansado, no sé por qué.

-Bebe un café, a lo mejor se te quita, ahí está el pan dulce.

-Ok.

Después de conversar sobre las labores a realizar en la granja Darío y Benito salen hacia el campo, Leonor permanece un rato para limpiar los trastos y hacer algo de limpieza. Al terminar las labores debe ir al pueblo para hacer algunas compras de víveres y también tienen pensado hacer una fiesta sorpresa a Benito, hoy es su cumpleaños catorce.

A las diez de la mañana, va en camino, manejando la camioneta. El sol sigue sin asomarse y empieza a lloviznar. Leonor es buena conductora, prudente y precavida. Sin pensar acelera, algo la provoca, una inquietud dentro de su alma; no comprende, la mirada puesta en el camino, su mente en blanco, la adrenalina invade su cuerpo, una curva se aproxima pero no baja la velocidad; unos árboles limitan el camino de terracería, va directo a ellos. Sucede lo esperado, choca fuertemente contra la arboleda. Leonor ha sufrido un accidente, esta inconsciente.

Un par de campesinos han visto a la camioneta, se bajan de su vehículo para ayudar. Ven a Leonor llena de sangre y como pueden la sacan. La reconocen y uno de ellos va al rancho de Darío para notificarle lo ocurrido, mientras el otro permanece en el lugar del accidente.

Darío ve venir muy rápido a una camioneta, una sensación fría lo invade y hace temblar su cuerpo. No puede moverse. El vehículo se detiene a un lado de él, baja el campesino con una expresión de angustia. El señor Valtierra no comprende lo que le están diciendo, su mente no relaciona nada, ni palabras ni pensamiento ni ruidos. Esta pálido, tieso y sudoroso.

El campesino lo jala de un brazo, intenta moverlo. Todo está detenido para Darío.

Benito, desde lejos ve a los dos, uno tirando de un brazo y su papá inmóvil, corre para saber qué pasa. Con el corazón a punto de salirse de su cuerpo, el joven llega gritando.

-¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!

Sigue estático. Benito ve la cara de preocupación del campesino, al ver al niño cerca, se dirige a él.

-Su mamá ha sufrido un accidente, está muy grave, ¡Vengan! ¡Rápido! Yo los llevo.

Una descarga golpea el corazón a Benito. Toma con sus dos manos la camisa de su papá y lo zangolotea, Darío reacciona. Los tres suben a la camioneta, van con dirección al lugar del incidente. No hay palabras, un vacío rebosa la cabina. Esos minutos son eternos, el camino se alarga. Conforme se acercan ven la camioneta destrozada y a cierta distancia del accidente; ven dos cuerpos, uno de ellos recostado, de él fluye sangre que pinta la terracería de un color opaco.

Los tres bajan de la camioneta, Darío y Benito corren hacia Leonor. El llanto cubre sus mejillas, como un arroyuelo desbordado.

-Ayúdenme a subirla a la camioneta vamos al rancho para curarla. -Dice el joven, al tiempo que todos cargan el cuerpo desfallecido y caminan para colocarlo en la cabina. Tan rápido como puede el conductor los lleva. Estacionado lo más cerca de la puerta de entrada, Darío se baja con los nervios alterados, corre para abrir la puerta y desalojar la mesa de la cocina. Benito y los dos campesinos lo siguen cargando a Leonor. La ponen sobre el mueble.

-Papá, tráeme una palangana con agua, jabón y unas toallas.

Darío regresa con el encargo.

-Quédate, los demás esperen a fuera.

El chico le da las indicaciones a su padre respecto a su desvanecimiento una vez que termine la curación. Darío cierra las cortinas y atranca por dentro la puerta, para que nadie vea.

Al día siguiente, Benito despierta, muy adolorido. A un lado de su cama, esta Darío con una leve sonrisa que transmite su rostro.

-Tu mamá está bien y ¿Tú?

No pronuncia palabra, solo mueve la cabeza afirmando. Vuelve a dormir. Los dos convalecientes duraron una semana en reponerse. Darío se ocupó de los dos. La vida de la familia después de ese evento volvió a la normalidad.

M

La temporada de frío se aproxima, los amaneceres son fríos, de vez en cuando en el transcurso de la noche hay lluvia. Falta un mes antes del cumpleaños quince de Benito. Jueves, un día soleado, embellecido por algunas nubes estratocúmulos. El chico va hacia la granja después de sus clases, lleva mucha tarea pendiente, se aproximan los exámenes semestrales, por la ventana observa y admira las formas caprichosas de las nubes. Después de comer va a su cuarto a estudiar, hoy no puede ayudar a sus padres en las labores del rancho, ellos lo comprenden. El reloj marca las cinco en punto. Por la terracería viene una camioneta, levanta gran cantidad de polvo, con mucha prisa no se detiene ante los hoyos del camino. A la casa se acercan Leonor y Darío, sus corazones latén intensamente. Están los dos parados dándole la espalda a la fachada de la casa. Llega la camioneta frenándose bruscamente frente a la puerta principal de la vivienda, desciende fray Heriberto, en su cara la preocupación indica una muy mala señal.

-¿Dónde está Benito?

El muchacho oye su nombre y abre la puerta.

-Hermano Heriberto ¿Qué pasa?

-Tienes que venir al claustro. Es urgente.

-¿Algo pasó?

-El hermano Baltasar está muy grave.

Empiezan a temblarle las piernas a Benito, la cara palidece y se desfigura, todo su cuerpo suda frío. No reacciona, en once segundos pasa por la mente una película completa; su vida, desde que está en el vientre de su madre hasta el día de mañana. Todos esperan. Voltea hacia sus padres. Leonor rompe en llanto y Darío está débil, quiere desmayarse.

-Debo ir, en un dos o tres de días regreso.

Benito camina para abrazar a sus padres, los tres se unen en un solo llanto. Hay un ruido sordo en ese lugar. Sin empacar ropa, ni llevar comida, Benito se sube al vehículo, sus papás lo bendicen, ceñidos agitan

sus brazos en señal de despedida, muy desgastados ven partir a su hijo, él no quita la vista de ellos hasta que se pierden por la distancia.

-Mujer, ya vendrá.

-Nunca pensé que me iba a pesar tanto verlo partir, aunque sea por unos días.

-Es que revivimos ese momento doloroso. Ya lo tendremos pronto aquí.

La tarde fue larga para los dos y la noche peor.

Después de que el hermano Heriberto pone a Benito al tanto de algunas novedades en el claustro y del estado de fray Baltasar, éste no pronuncia alguna palabra. El fraile no vuelve a hablar; el trayecto hacia el monasterio es agitado, cansado y tedioso. Llegan ya entrada la noche, las nubes cubren a la luna y las estrellas. Estacionan la camioneta y descienden para emprender el camino por la vereda que conduce hacia el convento. Caminan lo más rápido que pueden, Fray Heriberto al frente, seguido a unos pasos por Benito; la visibilidad y lo irregular del terreno no les permite avanzar como ellos quisieran. El muchacho va sereno, sabe lo que tiene que hacer, el hermano Baltasar sanará. La espesa arboleda da paso a un claro, donde se ve al edificio, a Benito le llueven recuerdos, vivencias, dolor, sacrificio y muchas más sensaciones, todas al mismo tiempo. Llegan y tocan la puerta.

Abre el fraile Carlos.

-Pasen, que bueno que viniste. Fray Baltasar está en su cuarto. Ya tienes ahí lo necesario.

Benito corre, detrás de él va el hermano Heriberto y antes de entrar a la habitación comenta.

-Hermano tráigame un papel y una pluma por favor, lo más pronto posible.

Espera la llegada de su encargo. Una vez que lo recibe entra a la habitación. Va a la mesita y escribe algo. Dobla la hoja y la deposita encima. Se lava las manos, reza y sigue con el procedimiento habitual de la sanación. Pasan treinta y tres minutos. Los frailes Alfredo, Carlos y Heriberto abren la puerta, observan a los dos cuerpos tendidos sobre la cama, con quietud llegan a ellos, uno toca la frente del fraile Baltasar, otro camina hacia la mesa y el tercero toma al muchacho. Al sentir la piel del chico descubre esta única vez y última, Benito está muerto.

-Malas noticias –dice fray Heriberto-- ha fallecido.

El hermano Carlos observa y agarra el papel, no pestañea mientras lo lee.

-En este papel ha escrito, esta es su última curación y explica lo de la aparición, el precio a pagar eran sus recaídas, donde lo enterremos y hasta le dirige unas palabras de despedida a sus padres. Hay que avisarles lo más pronto posible.

Fray Baltasar se alivió a la semana.

Benito a los nueve años hizo cuatro curaciones, de los diez a los trece fueron cuarenta y ocho milagros, dan un total de cincuenta y dos, al salir del convento le restaban dos por efectuar; en total realizó cincuenta y cuatro sanaciones; muere antes de cumplir quince, su expectativa de vida era de sesenta y tres años, él lo sabía desde un principio.

Manolete

Personajes

Benito Valtierra

Darío Valtierra

Leonor de Valtierra

Tío Rolando Valtierra

Hermano Baltasar

Hermano Heriberto

Hermano Alfredo

Hermano Carlos

Persona (aparición)

Doctor Valerio Chico

Presidente de Ocovilla Señor Olea

Cardenal Alamino

Obispo Blázquez

Arzobispo Monsalve